

llas almas, que arden en amor del Padre celestial, para con aquellos corazones adornados con la cándida estola de la ignocencia, ó lavada por el arrepentimiento? ¡Ah! solo aquellos que la experimentan, podrían hablarnos, cuál conviene, de tan ardiente caridad: solo aquellos que tocan sus efectos, podrían ser sus panegiristas.

Siendo así, acudamos hermanos míos, á esta Señora, que puede con su patrocinio remediar nuestras miserias en esta peregrinacion terrena, mantenernos firmes para no perecer entre los numerosos escollos con que tropezamos en nuestro camino; recurramos á esta Bienhechora, que nos vigoriza con sus balsámicas gracias, nos asiste, nos fortifica y nos ofrece nuevos alientos para no desistir de la empresa hácia la cual dimos los primeros pasos; confiemos en esta Madre, que á cuantos peregrinamos por la tierra puede elevarnos hácia la region de la fé, de la esperanza y del amor, y despues de nuestra muerte hacernos subir al Paraíso.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO I.

Caput tuum sicut Carmelus.
Es tu cabeza como el Carmelo.
(CANT. VII, 5.)

Cuantas veces el sagrado amante de los místicos epitalamios trata de describir la belleza de la carísima Sulamite, otras tantas emplea semejanzas y comparaciones. Sus ojos son como de palomas, sus mejillas como cacho ó roja corteza de granada, sus lábios como cinta de escarlata, su cuello como la torre de David, sus dos pechos como dos gamitos mellizos, que están paciendo entre blancas azucenas; sus dientes como hatos de ovejas trasquiladas, acabadas de lavar; las articulaciones de sus rodillas como collar de perlas fabricado por hábiles manos. Del mismo modo, hablando de la cabeza, la parangona al Carmelo, queriendo significar, que así como el Carmelo se eleva sobre los montes que le rodean, así su amada se eleva sobre las demás mujeres: *Caput tuum sicut Carmelus.*

Si la mayor parte de aquel inspirado cántico, segun han dicho los Padres de la Iglesia, debe entenderse de María, y si la fiesta que hoy celebramos, mira precisamente á María con el título del Cármén, creo no equivocarme si afirmo, que así como el Carmelo indicaba la preeminencia de la sagrada enamorada sobre todas las mujeres, también la fiesta del Cármén, á excepcion de las propias de los gloriosos misterios de la candorosa Virgen de Nazareth, es la más bella de todas las demás fiestas. En verdad, descubro en ella tal antigüedad de origen, tal nobleza de cuna, tal copia de privilegios y tan grande afluencia de pueblo, que podemos afirmar muy bien, que no existe ninguna otra que la supere ni la iguale.

Por cuyas razones, llamado hoy, hermanos míos, á hablaros de

esta fiesta, procuraré demostraros cuán bella y grata debeis tenerla en vuestro corazon. Y esto por una razon fácil y clarísima, esto es, porque el título del Cármen es un título querido de María, terrible para el Infierno y muy útil para el pueblo cristiano. Concededme el tiempo indispensable para desarrollar extensamente este punto, y abrigo la seguridad de que, al fin, haciendo coro con mis palabras, repetireis verdaderamente, que á excepcion de las fiestas propias de los misterios de María, la fiesta de Nuestra Señora del Cármen es la más bella de todas: *Caput tuum sicut Carmelus*. A. M.

El título del Cármen toma su nombre de un monte, y esto basta para mostrar que debe ser grato á María. En verdad, leemos en los sagrados libros, que Dios, ó porque no quisiese aparecer con mucha familiaridad en medio de los hombres, ó porque desease alejarlos de las bajas ideas terrenas, ó por otro designio de su adorable providencia, ha escogido con frecuencia los montes. Si al fin del diluvio universal quiere que el Arca repose, y que los justos recogidos dentro de la misma se consuelen con la esperanza de la divina misericordia, dispone que este reposo tenga lugar en los montes de la Armenia. Si para recompensar la fé de Abrahán, cuando le pidió el sacrificio del propio hijo, quiere prometerle amplias bendiciones y una generacion bienaventurada, se lo otorga en la cumbre del monte Moria. Cuando quiere dictar la ley á Moisés, jefe de su pueblo, y revelar á Elías, fugitivo por la persecucion de sus enemigos, el exterminio de la casa de Acab, la dicta á aquél en el monte Sinai, y á éste se lo revela en el monte Oreb. Y en los días de la promesa, cuando el suspirado Salvador con sus penas, con su martirio y con su muerte vino á salvar al pobre género humano, ¿qué dileccion particular no mostró por los montes? Fué entónces que se alegró el Tabor, viendo una sombra aunque débil de su divina belleza; fué entónces que el Gólgota quedó santificado por su dolorosísima agonía; fué entónces que el Olivete tuvo impresas las últimas huellas de Él, que subía al Cielo vencedor poderosísimo del pecado, de la muerte y del Infierno. ¿No os parece, pues, que deba ser tambien caro á María un título, que toma su nombre de un monte? ¿A María, que ondeó como el Arca sobre las aguas del diluvio; y en el sacrificio de Abrahán vió una sombra del suyo; en la ley dada á Moisés conoció al nuevo legislador venido á los pueblos de su seno; en las visiones de Elías vislumbró los símbolos de la paz; en el Tabor, en el Gólgota y en el Olivete contempló aquella redencion, que le causara

tanto dolor y gozo? Sí, puede decirse muy bien de esta preclarísima Virgen, que tuvo los fundamentos sobre las más elevadas cimas de los montes santos (1), y la cual, superando á todos los ángeles y justos en méritos y virtudes, fué como un monte de santidad.

Aún más: el título del Cármen es caro á María, no solo porque toma su nombre de un monte, sinó tambien porque este monte es el Carmelo. En verdad, si es caro á María todo lo que muestra en los hombres afecto á Dios, debemos decir que le es caro el Carmelo, monte célebre por haber morado en él Elías y Eliseo, siervos muy celosos de la gloria del Señor. Si es caro á María lo que indica en los hombres celo de verdad, espíritu de religion, debemos decir que le es caro el Carmelo, porque Elías para confundir allí á los sacerdotes de Baal invocó fuego del Cielo sobre el holocausto, y habiendo bajado del Cielo el fuego y consumido el holocausto, el pueblo reconoció al verdadero Dios en el Dios de Abrahán y de Isaac (2). Si es caro á María, lo que en la antigua alianza era señal de esperanza por la venida del Mesías, debemos decir que le es caro el Carmelo, porque en la cumbre de este monte vió el gran Profeta la nubecilla, que, pequeña en un principio como la huella del hombre, se deshizo en copiosísima lluvia (3), y en la cual los expositores sagrados de los libros santos reconocieron una figura de la redencion y de las gracias, que por la redencion se derramarían con muchísima abundancia sobre las naciones.

No obstante, aunque háyamos dicho mucho hasta aquí y suficiente para demostrar cuan grato sea á María el título del Cármen, todavía se ofrece otro motivo para confirmar el mismo asunto y rodear de nueva luz la misma consecuencia. ¡Dichosa celda de Simon Stock! de tí hablo ahora, y tu inspiracion invoco, oh casa bendita de María. Estaba allí aquel varon, más lleno de méritos que de años, absorto en la contemplacion de la Sion celestial, y constante en la oracion, que desde largo tiempo dirigía á la Virgen para recibir una señal cualquiera de particular proteccion; y hé aquí, que miéntras una luz esplendorosísima ilumina aquellas toscas paredes, y una melodía angélica rompe el silencio de aquellos muros, ve adelantarse la celestial Señora sobre una blanca nube que le sirve de escabel, y rodeada de milicias angélicas que le tejen coronas, oye las palabras de sus lábios, mira el dón de un vestido, que le ofrece con amor maternal.

(1) LXXXVI. 1.

(2) III. REG. XVIII, 39.

(3) III. REG. XVIII, 44.

No puedo decir si caería desmayado al suelo como Ezequiel en el Gobar, ó si quedaría extático á tal escena como Juan en Patmos. En efecto; ¿quién podría decir lo que en aquel instante sentiría el santo cenobita que veía, finalmente, satisfechos sus votos mucho más allá de sus esperanzas? ¡Cómo debía palparle de gozo el corazón contemplando aquella segura prenda de patrocinio para todos los suyos! Me parece verle perplejo entre la piedad y la admiración, el júbilo y la gratitud, embriagado de un torrente de amor santo, derramar sus ojos lágrimas de ternura, salir de su corazón entrecortados suspiros de amor, agolpársele en los labios palabras de reconocimiento, y estremecerse todos sus miembros de un dulce temblor. Es el júbilo de un hijo, que extiende los brazos hácia á su madre; es la alegría de un protegido, que dá gracias á su benéfica protectora; es... ¡Ah! corramos un velo sobre esta escena, hermanos míos, y confesemos, que hay cosas que nuestra mente puede apenas comprender, nuestro corazón sentir, y que nuestra lengua, por elocuente que fuese, no sabría expresar jamás.

Se ha de confesar, que este hecho es una prueba bellísima para la demostración del asunto de que vengo hablando desde el principio. ¿Cómo dudar de que plazca á María el ser venerada con el título del Carmen, cuantas veces Ella misma lo ha querido, de suerte, que mientras que los demás títulos dimanaban de la devoción de los fieles, el del Carmen fué escogido por Ella misma? ¿Cómo no sentir la fuerza de esta consecuencia, cuantas veces la Virgen nos la ofrece, de manera, que mientras que con las demás devociones son los fieles los que le presentan ofrendas y votos, en ésta, Ella misma nos hace participantes de un don suyo en prueba de afecto? Consideremos, hermanos míos, la aparición de la Virgen al angélico cenobita, aparición no negada por los más severos investigadores de la sagrada antigüedad, y relatada solemnemente en los Anales eclesiásticos; consideremos la prueba manifiesta y sensible de singular predilección, que la celestial Bienhechora, mostrándosele en medio de una grande multitud de bienaventurados espíritus, después de tantos años de lágrimas y súplicas dió á su amado; consideremos el don, que para hacerlo seguro de su benevolencia quiso ofrecérselo con las propias manos; y deberemos concluir, necesariamente, ya que todo esto se refiere al título del Carmen, que este título es carísimo á María.

Añadid lo que debe deducirse del mismo don de María á los Carmelitas. El don de los vestidos ha sido siempre como signo de amistad y de amor. Porque Jacob amaba más á José que á todos los de-

más hijos, manifestó este amor dándole una túnica muy rica y preciosa (1). Porque Ana amaba á Samuel, su hijo, que vestido de un pequeño Eford de lino servía al Señor, el propio amor le manifestó llevándole todos los años, cuando trasladábase á Silo en las fiestas solemnes, una nueva y elegante túnica (2). Porque Jonatás se había unido en íntima amistad con David, le dió éste, además de su espada, su arco y su cinturón, su túnica y los demás vestidos, queriendo que los guardase como prenda de amor (3). Porque amaba al hijo, que lloraba perdido á pesar de ser discoló y perverso, el Padre de familias al recobrarle de nuevo, para asegurarle de su afecto, ordenó á los criados que se apresurasen á cubrirle con el paño más rico (4). Así, pues, ¿qué diremos del vestido que María dió á los Carmelitas? Diremos, ciertamente, que éstos le son caros, y que los ama, en cierto modo, como ama al fruto bendito de sus purísimas entrañas, porque nacido Jesús, la piadosa Madre le envolvió en pañales (5), y de sagrados pañales ha querido también vestir á la familia del Carmelo.

Y puesto que el curso de este panegirico me ha llevado á nombrar esta familia, permitidme, amados hermanos, que me detenga un poco en considerarla como á una familia que nos suministra un nuevo argumento para ver cuán del agrado de María sea la presente devoción. Vió Elías elevarse del mar la nubecilla, de que ya hemos hablado; pero era tan pequeña, que elevándose suavemente por las regiones aéreas apenas podía llegar á vislumbrarse. Al cabo de poco no parece la misma; crece, se extiende, se dilata, y la brisa que levanta las olas, el viento que murmura en los prados y el Cielo encapotado anuncian la proximidad de la lluvia. ¿Reconoceis á la tenue nubecilla? Se ha ensanchado, se ha abierto, se ha rasgado; y la lluvia que ha caído ha fecundizado el terreno y vestido de fiesta los campos. Ahora bien; aquella nubecilla fué vista del Carmelo, y apareció noventa y cinco años antes del nacimiento de la Virgen de Nazareth, manifestando con eso, que del mismo modo que creció ella se propagaría también la familia carmelitana. Si de las ennegrecidas tumbas, sobre las cuales han pasado tantos siglos, pudiesen levantarse ahora los descendientes de Elías, con una elocuencia muy superior á mis elogios, dirían, que así como los montes del Líbano se alegraron de ver

(1) GEN. XXXVII, 3.

(2) REG. II, 19.

(3) REG. XVIII, 4.

(4) LUC. XV, 22.

(5) LUC. II, 7.

á la dichosa enamorada que se paseaba apoyada en su amado, tambien el Carmelo se alegró viendo la íntima correspondencia entre ellos y María.

Por consiguiente, cuando la generosa Madre hizo en persona de Simon Stok el dón de su vestido, entónces, como llamadas á nueva vida, se conmovieron á nueva vida todas las órdenes, y celebraron esta devocion como gratisima á María con toda suerte de significaciones privadas y públicas. La celebraron los Pontífices con Breves, Bulas y Encíclicas; y Juan XXII, Gregorio XIV, Alejandro V, Paulo III, Inocencio X, Clemente VIII, Benedicto XI, Urbano VIII, Leon X, Pio V y otros, rivalizaron en acrecentar su gloria y su esplendor. La celebraron príncipes ilustres por su sabiduría y virtud, ya teniendo á gloria el ser contados entre los cofrades que visten el santo escapulario, ya sea constituyéndole respetable divisa de nobilísima orden caballeresca un Ludovico en Francia, un Eduardo en Inglaterra, un Segismundo en Polonia, un Fernando en Austria, un Felipe en España, un Sebastian en Portugal, y los Gonzagas, los Cosimos, los Carlos en Parma, Mantua y Saboya. La celebraron los Doctores en las bibliotecas componiendo sus panegíricos, la celebraron los oradores sagrados festejando sus glorias, la celebraron en los templos los fervorosos cristianos cantando sus gracias; y del Oriente al Ocaso y del Austro al último Septentrion, los pueblos han celebrado esta devocion de varias maneras públicas y privadas. De tal suerte una multitud innumerable consideró como vestido de gracia y de virtud, de alegría y de gloria el escapulario bendito de María. Y este escapulario pusieron los obispos debajo sus pectorales, debajo su coraza los capitanes, debajo sus togas los magistrados; se preciaron de él los caballeros, se adornaron las damas, lo vistieron los peregrinos y se armaron con el mismo los soldados. Decidme, amados hermanos, ¿no debe ser del agrado de la Reina del Cielo un título que tanto la honra en la tierra? Y en verdad, aunque María sea Madre de todos los hombres, y á todos los acogió como hijos en la ensangrentada cumbre del Calvario, sin embargo, mira con ojos más benignos á aquellos que la veneran y la invocan; ni puede haber duda en afirmar, que una grandísima parte del pueblo cristiano la invoca y la venera verdaderamente con el título del Carmelo.

Por otra parte, la misma bienaventurada Virgen mostró continuamente cuanto le agradase este culto, puesto que lo ha defendido siempre de las asechanzas y de la guerra abierta, con que en todo tiempo lo han combatido los espíritus infernales. Tal es la historia

esplendorísima que se desarrolla en el Carmelo; ni es posible considerarla atentamente sin advertir el poder de una mano superior, que en la falda de aquel monte aplasta á todos sus más encarnizados y formidables enemigos. Apenas puedo indicaros algo sobre el particular, hermanos míos; pero creo que será otro argumento para concluir con mayor abundancia de pruebas sobre el asunto objeto de nuestra consideracion.

Las formas de que se sirve el príncipe de las tinieblas para arrastrar los hombres á la perdicion se reducen á dos, la del leon y la de la serpiente. Es un leon, decía San Pedro, que contrae su visage, sacude la cola, enseña los dientes, abre las fauces y busca á quien devorar (1); es una serpiente, decía San Pablo, y así como con su maña sedujo á Eva, tambien con astucias y halagos procura hacernos degenerar de la sencillez que hay en Jesucristo (2). Ahora bien: el Carmelo es un poderoso vencedor contra sus más afiladas armas. En verdad, si nos referimos á la furia del leon, fué vencido en aquel monte, cuando quedó derrotado alrededor del monte el ejército de Senaquerib, muertos por mano angélica ciento ochenta y cinco mil soldados, y cuando un fuego del cielo devoró los soldados mandados por Ocozías contra el Profeta del Señor. Si se trata de las asechanzas de la serpiente fué aplastada en aquel monte, cuando muertos repentinamente los muchachos que al paso que se burlaban de la calvicie de Eliseo, tendían á desacreditar su religion; y fueron confundidos los sacerdotes de Baal, que simulando piedad verdadera promovían el culto de los ídólatras. Por consiguiente, el Infierno vió desde un principio, que había nacido una devocion sobre el monte muy contraria á sus designios, la cual estrechaba con vínculos más íntimos los hijos á la madre. Hé ahí porque lo puso todo en movimiento para ver destruido, ó cuando ménos, disminuído el culto á la Virgen del Carmelo. Movidos por él aquellos hombres, cuya única ocupacion consiste en tragar á grandes sorbos las aguas de la inmunda Babilonia, le arrojan toda suerte de chanzas y sarcasmos; audaces herejes, que manejan la pluma en todos sentidos para desacreditar cuanto es verdadero y santo, lo maldicen y lo blasfeman; cristianos seducidos y llevados por el torbellino de tantas voces, lo consideran como un progreso de prácticas supersticiosas y pueriles. Armadas legiones, domada la Palestina, reducen á dura esclavitud á los dis-

(1) I. PETR. V. 8.

(2) II. COR. XI, 3.

cípulos de los Profetas; infieles sacrilegos sorprenden las esposas carmelitanas en los recintos mismos de sus solitarias celdas; príncipes orgullosos ponen asechanzas de toda suerte al pueblo escogido y se preparan para su total ruína. El mismo monasterio de los religiosos del Carmelo, el mismo santuario de María, expuesto en varios tiempos á la profanacion, unas veces sirve de refugio á los árabes errantes, otras de establo á las bestias. A fines del pasado siglo, sitiado San Juan de Acre por el ejército francés, los beneméritos cenobitas viéronse expulsados del Convento, que fué convertido en hospital militar. Devastado despues por los turcos quedó desierto por largo tiempo; y últimamente, fué destruido hasta los cimientos por medio de barrenos. Cayeron, sí, cayeron aquellos muros, y aquel lugar honrado por María retumbó al estruendo de golpes, que produjeron ecos de dolor en todo el Oriente. ¿Acaso ha vencido el Infierno? ¿Ha llegado por ventura al término de sus designios? ¿Ha tenido éxito en su tenebrosa empresa?... ¡Ah! No se crea que pueda vanagloriarse de la victoria, porque María protegió, protege y protegerá siempre á su amantísimo Carmelo, mostrándonos continuamente cuan caros le sean este título y esta devocion.

En efecto; cuanto más el Infierno procuraba destruir al pueblo del Carmelo, tanto más el pueblo carmelitano, protegido por María, crecía coronado de nuevos hijos, de nuevos laureles y de nuevos triunfos. Me refiero á aquella doble falange de apóstoles y de doctores, que, ó por medio de los sagrados libros, ó tronando con voz terrible, pusieron en fuga al vicio y al error. Me refiero á aquella grande multitud de contemplativos, que con los ojos al cielo no cedieron ante las amenazas, ni cayeron en las tentaciones. Me refiero á aquel prodigioso número de vírgenes, que vestidas con el hábito de la Reina de las vírgenes, hicieron morder cien veces los lábios á la blasfemia y á la seduccion. Me refiero al mismo monasterio del Carmelo, que, demolido por manos sacrilegas, se elevó más bello y magestuoso, cuando pasados siete años de su destruccion, se puso de nuevo su primera piedra fundamental. ¿Por qué, pues, tal defensa á favor del Carmelo, si no hubiese sido grato á María? ¿Por qué tanto patrocinio en librarlo de los enemigos, si no hubiese sido esta devocion de las predilectas de María? Nadie ignora que todo pasa en este mundo, y que bajo la destructora mano del tiempo desaparecen, de vez en cuando, las mismas devotas prácticas, quedando solo de ellas algun recuerdo en las leyendas y en las crónicas. Si no ha sucedido lo mismo con el culto de Nuestra Señora del Cármen en los

muchos siglos transcurridos desde su institucion, á pesar de la guerra constante con que se le ha combatido, y de los fieros enemigos que habían jurado su destruccion, es porque es caro á María de un modo especial y que por eso María lo defiende y lo protege.

Si el amor se manifiesta defendiendo lo que se ama de los asaltos de los enemigos, y colmándolo de gracias y beneficios, tambien, bajo este concepto, tendríamos motivos de extraordinario patrocinio por parte de Nuestra Señora del Cármen. La misma Virgen había dicho, que su Escapulario dado á los hijos del Carmelo sería para ellos prenda de salvacion en los peligros, prenda de paz y de eterna alianza, prenda de seguridad para evitar las llamas del incendio infernal. Despues de tal promesa hecha por boca de María á los que se alistasen y se obligasen á llevar su escapulario, á ninguno podrá caber duda acerca de la proteccion que por el escapulario debían experimentar. Y en efecto, desde el instante que la misma Virgen habló con tanta claridad, y dió tan solemnemente su palabra á cuantos, vistiesen su santo escapulario, se tienen pruebas segurísimas de conseguir de este modo su poderosa proteccion.

Esta proteccion consiguieron muchos que recurrieron con confianza á Nuestra Señora del Cármen, llevando su escapulario ó invocando su nombre. Se lee de algunos, que salieron ilesos de en medio de las horrosas llamas de voraces incendios; leemos de otros haber sido librados con manifiestos prodigios de inminente muerte; impedidos estos milagrosamente de caer en horribles precipicios, y sustraídos aquellos repentinamente de los horros de próximo naufragio; y tantos otros, defendidos por medios difíciles, ó curados de enfermedades incurables, ó hechos insensibles al fuego y al hierro, ó respetados por los rayos, por los torbellinos y por la varia copia de males que se presentan en daño nuestro. Los hechos han demostrado evidentemente de mil modos y con pruebas clarísimas, la singular proteccion concedida á los devotos de Nuestra Señora del Cármen.

Acabo de hablaros de incendios, de naufragios y de enfermedades; no creais, empero, que se limite á solas estas cosas el patrocinio de María para con los Carmelitas. Más grande patrocinio es sin duda la conversion de los pecadores encanecidos en el vicio, que por obra del santo escapulario lograron la gracia de la conversion, y una asistencia especial en los momentos de la agonía. ¿Cuántos se vieron socorridos con celestiales auxilios por obra del santo escapulario, en el momento de entrar en el grande camino de la eternidad? Mayor

patrocinio es tambien la liberacion de la cárcel del Purgatorio. ¿Cuántos, por obra del santo escapulario, no han pasado de aquella tormentísima cárcel al reino de la eterna luz y de una imperturbable paz? Hable por mí en este lugar San Andrés Corsini, quien habiendo entrado en un templo consagrado á Nuestra Señora del Cármen, se sintió trocado de perverso que era en vaso de preciosa eleccion. Hable por mí Santa Magdalena de Pazzis, que besando el escapulario, recobró la serenidad de espíritu tan variamente combatida por los espíritus infernales. Hable San Juan de la Cruz, que con solo mirar el hábito de la Virgen adquiría valor y paciencia para triunfar del príncipe de las tinieblas, que empleaba tantas armas para distraerle de sus buenos propósitos. Testigo Santa Teresa de Jesús, que con solo tocar el dichoso hábito de Nuestra Señora del Cármen aplacaba la fatal desconfianza que suscitaban de vez en cuando en el corazon y en el entendimiento sus espirituales enemigos.

Repita, pues, el sagrado Esposo de los Cantares, al soltar los labios para alabar á su amada, que su cabeza es como el Carmelo, porque si el Carmelo indicaba la eminencia de la Mujer superior á todas las demás mujeres, hemos visto que siendo el título del Cármen caro á María, y, por lo mismo, terrible para el Infierno y utilísimo para el pueblo cristiano, ocupa el primer lugar entre los demás títulos. *Caput tuum sicut Carmelus.* Y ahora quisiera exhortar con una voz cuyo eco llegase hasta los últimos confines del mundo, exhortar á eclesiásticos y ciudadanos; á nobles y plebeyos; á togados y militares; á ricos y pobres; á doctos é ignorantes; á justos y pecadores, á aprovecharse de esta devocion. Quisiera decir cuanto importa no manchar con la culpa el vestido, que como prenda de gracia y de salvacion nos otorgó María. Quisiera añadir... pero, aquí en este lugar, en vuestra presencia, delante de tanta concurrencia, debo más bien congratularme con vosotros, hermanos míos, del culto que tributais á la Santísima Virgen y de vuestro afecto al santo Escapulario. Alegraos pues, por ello, ya que cobijados bajo el manto de María no podreis ménos de gozar de los eficaces efectos de su proteccion. La tierna Madre os asistirá en las necesidades, os defenderá en los peligros, os consolará en las angustias, os será propicia en todas las ocasiones, para que experimenteis cuán saludable sea la devocion á Nuestra Señora del Cármen.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO II.

*Induit me vestimentis salutis, et
indumento justitiæ circumdedit me.*
Me ha revestido del ropaje de la
salud, y me ha cubierto con el manto
de la justicia.

(ISAÍ, LXXI, 10.)

Al nombrar á la Virgen Madre de Dios con el título de Carmelo, la primera idea que se ocurre es la del santo Escapulario. Devotos de María bajo esta advocacion, seguramente que ninguno ignorará la historia de este habitillo con que quiso Ella agraciarse á los fieles. Todos lo sabreis, que de tener su morada en el monte Carmelo algunos discípulos del profeta Elias, que allí se dedicaban á la contemplacion y á la penitencia, fueron llamados carmelitas; que reunidos despues en comunidad por el patriarca de Antioquia, Americo, se trasladaron muchos de ellos á Europa para propagar su instituto; y que habiendo abrazado éste en Inglaterra Simon Stok, quien por treinta y tres años habia llevado una vida de austeridades y de oracion perenne en la concavidad del tronco de un árbol, se le apareció un día la Reina de los Cielos, circuida de innumerable multitud de ángeles, y alargándole una especie de hábito, le dijo: «Recibe, amado hijo, este escapulario para tí y para tu orden, en prenda de mi especial benevolencia y proteccion, que sirva de privilegio á todos los carmelitas. Por esta librea se han de conocer mis hijos y mis siervos. En él te entrego una señal de predestinacion y una como escritura de paz y de alianza eterna, con tal que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. El que tuviere la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la bienaventuranza.»